

**INFIDELIDADES -selection-
Juan Antonio Álvarez Reyes**

*Publication: Pautas y Contrastes
Museo Nacional Centro Arte Reina Sofía, Spain 2000*

(.....)

“Esta noche haremos limpieza, pensé, y eso será el final de todo”. Así de pesimista se muestra la protagonista de un relato de Raymond Carver en *Catedral*. Tras un reencuentro en una casa prestada, llega la hora de la despedida. Tras el espejismo del reencuentro, la evidencia de la imposibilidad de vivir en común.

Las *mochilas anatómicas* de Javier Pérez contienen nuestro deseo, nuestras buenas intenciones, todo lo que somos capaces de amar y soportar. Más que ellas mismas vacías, me interesa resaltar ahora la acción que realizaron el artista y una compañera subiendo y bajando escaleras. Pesada tarea, tanto como intentar amar a alguien, convivir con otra persona. Desde luego, esta pieza y las acciones que conlleva tienen algo de sacrificio aceptado, pero, a la vez, supone evidenciar que toda relación es consentir una pesada carga. De algún modo, estamos ante una visión que reivindica ponernos en la situación del otro: ser capaces colgarnos (en sus dos acepciones) de alguien y que esa persona se cuelgue de nosotros.

“Una de las características más sorprendentes del amor físico es la sensación de intimidad que procura, al menos cuando va acompañado de un mínimo de simpatía mutua, escribe Michel Houellebecq en *Las partículas elementales*. Sin embargo, “¿Qué poseemos? ¿Qué nos lleva a amar?” se interroga Pessoa en el *Libro de las cosas oscuras*. Y continúa preguntándose: “¿Nuestras sensaciones, al menos? ¿Al menos el amor es un medio de poseernos, a nosotros, en nuestras sensaciones?”. Levitar y gravitar nos propone Javier Pérez. Caminar despacio, hundiéndonos levemente, dejando nuestras huellas, porque, en el fondo, eso es lo que parece importarnos: marcar el territorio, señalar el camino, que otros nos sigan. O bien que se hundan en nosotros, que nos dejen huellas porque así no estaremos vacíos.

Somos avariciosos en el amor: lo queremos todo. Deseamos absorber, poseer el pasado de nuestros amantes, que sea nuestro. Incluso estamos dispuestos, en ese beso apasionado, a quitarles todo, hasta el aire que tienen dentro para aspirarlo fuertemente por la boca y que nos inunde el cerebro. Javier Pérez parece que también lo vio así en este *Reflejos de un viaje*. La noche, territorio propicio para la caza. Deambular en busca de una presa, lentamente.

No voy a insistir en el tema de la máscara en la trayectoria de Javier Pérez, pero ésta que se pasea por Praga tiene algo que me interesa especialmente: al ser espejo absorbe todo lo que le rodea. No es que refleje, que evidentemente sí, sino que al superponerse como una segunda piel en la cabeza del artista, todo lo que le rodea ha entrado a formar parte de él. El viaje a los orígenes de la persona amada tiene eso: una absoluta necesidad de poseerlo todo, de que aquello que pudo rozar, ver o pensar pase a ser parte de uno mismo.

Y luego queda el deseo irrefrenable. La necesidad de liberación de lo comprimido. Y cuando se desata la furia sólo la puede parar su materialización, el goce profundo y salvaje. Como un látigo que ha empezado a moverse, a golpear y que ya nada ni nadie puede parar. Sorprende en este vídeo el cuerpo blanquecino, casi andrógino, frente al poder de la máscara. El deseo es ciego, sólo los gemidos y el roce peligroso pueden aplacarlo.

(.....)